

Discriminación, silencio y exclusión. Una lectura de la novela *Salto atrás*

Sara Viera Mendoza

(Universidad Peruana Cayetano Heredia)

Toda obra literaria, para su comprensión, debe ser contextualizada en la época en la que fue escrita, ya que sus características y estilo reflejan la corriente o escuela literaria a la que pertenece. Hay novelas donde las costumbres descritas expresan el modo de pensamiento de su época. Por ejemplo, en la novela *Las cuitas del joven Werther*, el protagonista, al verse impedido de tener el amor de Carlota, se suicida y es enterrado a medianoche, en la clandestinidad y sin un cortejo fúnebre. A simple vista pareciera un detalle “típico” de una novela románticista que fue incluido para otorgar mayor tragicidad al personaje. Teniendo en cuenta que esta novela se publicó en 1774 y se ambienta en la sociedad de siglo XVIII (entre 1771 y 1774), se puede comprender por qué tiene esa clase de exequias. En la Europa del siglo XIX, el suicidio era considerado un pecado y se prohibía el entierro del suicida. En Francia, arrastraban el cadáver por las calles. Recién en 1882, Inglaterra permitió que los suicidas recibieran un entierro digno, durante las horas del día y ya no en la clandestinidad de la noche como era costumbre. Este largo preámbulo me permite explicar el tipo de acercamiento que realizaré sobre la novela *Salto atrás* y por qué resulta importante tener en cuenta el contexto social en el que está ambientada para poder comprenderla. En el diálogo de ambos contextos (época en que se publica/ sociedad en la que se ambienta los hechos de la novela) iremos develando las claves temáticas principales que se desarrollan y concluiremos con un apartado donde abordaremos el valor sociocultural que esta posee.

***Salto atrás* y sus claves temáticas**

La novela *Salto atrás* se publicó en 1889 en los cuatro primeros números del diario *El Rímac*. Marcel Velázquez (2004) la cataloga como una novela de naturaleza heterogénea debido a sus rasgos románticos, realistas y costumbristas. Fue escrita casi a fines de siglo XIX, pero está ambientada en el siglo XVIII, aunque no podemos especificar si es inicios, mediados o fines de ese periodo. La única mención a la fecha exacta de la época en la que se desarrollan los hechos la encontramos en la carta que el marqués de Santa Tecla envía a su primo el marqués de Montenegro “el 2 de enero de 17...” (Lavalle 4).

La novela nos narra la historia de un marqués de sesenta años que decide casarse con Encarnación, una jovencita de 20. El deseo de contraer matrimonio no obedece a un

enamoramamiento tardío, sino al interés de conservar el patrimonio para que no caiga a manos de su primo Pepe, conde de Santa Tecla. Ambos estaban solteros y eran dueños de un mayorazgo, respectivamente. Mientras ninguno tuviera descendencia la sucesión de sus bienes sería para el que sobreviviera al otro. Sin embargo, el marqués de Montenegro recibió una carta de su primo donde informa el nacimiento de su hijo.

La inesperada noticia apresura la decisión del marqués y elige a una joven de origen noble. Ella no posee dote, pero él busca una joven honesta y virtuosa que le dé hijos varones. A los pocos días de concertar la unión con doña Tulis de Arévalo, madre de Encarnación, el viejo marqués y la joven contraen matrimonio. Como debe viajar a Lima para arreglar unos papeles sobre sus propiedades, tiene que dejar a su esposa en la hacienda. Esa noche ella es violada por un esclavo negro. Cuando descubre que está embarazada no está segura si el niño que espera es del marqués o del esclavo que la violó. Al nacer el niño se disipan las dudas y el recién nacido es reconocido como hijo legítimo del marqués de Montenegro. Transcurren 25 años y el joven marqués contrae matrimonio. La sorpresa es grande cuando su esposa da a luz un negro. Ante la indignación por el supuesto honor mancillado y las muestras de repudio contra su hijo, Encarnación, su madre, le señala que: “hubo salto atrás” y le explica la verdad de su origen.

Si leemos la novela en clave social encontraremos temas centrales como la discriminación étnica, el blanqueamiento social, la violencia de género, el honor y la honra, la posesión de mayorazgos como forma de perpetuar el linaje, entre otros que nos ayudan a reconstruir la vida social de la Lima colonial. Al ser una novela con elementos costumbristas también es posible rastrear las costumbres sobre el matrimonio, los roles de la mujer dentro del hogar y un tema muy velado en la novela es el de la mujer como dueña de un mayorazgo.

Mayorazgos, nobleza y títulos nobiliarios

El eje central sobre el que se erige la trama de la novela es la conservación del bien patrimonial del marqués de Montenegro y del conde Santa Tecla. Cada uno poseía un respectivo mayorazgo y mientras no tuvieran descendencia uno era el sucesor del otro. El mayorazgo fue un régimen de propiedad que surgió en España durante la baja Edad Media en los siglos XIII y XIV. El objetivo de su creación fue la conservación del patrimonio dentro del linaje familiar y por sucesión directa (padres a hijos) y en el caso de que el dueño no tuviese descendencia este pasaba al familiar más cercano. Ser poseedor de un mayorazgo aseguraba la prolongación de su estirpe, la posesión de un título nobiliario y el seguro ascenso en la escala social. Además, en su constitución subyacen ideas sobre la organización familiar, la limpieza de sangre, la sucesión patrimonial y la ideología religiosa (Ramírez 109).

En la sociedad recreada en la novela, este régimen patrimonial de perpetuar el linaje a través de mayorazgos por “legítima sucesión” permanece vigente. Los hijos ilegítimos tenidos con indias o negras no eran considerados como candidatos para heredar mayorazgos. La exigencia de sucesión era estricta debido a que en la sociedad del siglo XVIII era normal tener amantes e hijos ilegítimos. O’Phelan señala que para la época se contabilizó, solo en el Cusco, que el número hijos bastardos sobrepasó al de los hijos legítimos.

Cabe señalar que el marqués de Montenegro se asegura de cumplir con este requisito al enterarse de que su primo ya cuenta con un heredero. Si él no tenía sucesores, todos sus bienes pasarían al primogénito del conde de Santa Tecla. Por eso, busca una joven de origen noble y sobre todo virtuosa.

Yo quiero tener también un hijo, mío propio, mi heredero, mi heredero directo, y por eso he resuelto casarme inmediatamente. Si Pepe ha tenido un hijo ¿por qué no tendrélo también yo? ... Y, ¿quién será la dichosa?

—Encarnación.

—¡¡¡Encarnación!!!

—Sí, mi señora. Encarnación. ¿Parécele a vmd. mal?

—¿Qué ha de parecerme, señor marqués!, ¡si no vuelvo en mí de tanta dicha! Pero ¿ha reflexionado bien vmd.? Encarnación ...

—¿No es noble acaso?

—¡Como el rey!

—¿No es virtuosa?

—¡Como Santa Rosa!

—¿No es buena?

—¡Como el buen pan!

—¿Y entonces?

—Pero...

—Es pobre, querrá vmd. decir ...

—Todo eso lo sé, mi señora; pero yo no busco dote, que harto tengo para mí, mi mujer y una docena de hijos que tuviéramos; lo que deseo es una mujer noble para que mis hijos lo sean por todos sus cuatro costados; joven, sana y robusta, par a que me los dé como ella; y virtuosa, para tener la seguridad de que son míos propios.

(Lavalle 5-8)

Esta larga cita nos permite extraer las costumbres e ideología que subyacen sobre los contratos matrimoniales, la conservación de los títulos nobiliarios y la concepción de nobleza que existe

en el imaginario de la sociedad colonial. La posesión de un mayorazgo implicaba preservar los bienes, pero también funcionaba como un mecanismo regulador del linaje y la casta. Ramírez nos dice que las reglas eran muy claras para su preservación como el profesar la religión católica y contar con un título nobiliario. Los bienes heredados a través de este régimen no podían ser vendidos, divididos, ni embargados por deudas fiscales. Además, el derecho de propiedad siempre debía recaer en un solo propietario: el hijo mayor de la familia. Por eso, era usual que existieran disputas entre hermanos, ya que solo uno de ellos tenía el privilegio de heredar los bienes. Además, según la legislación española, el dueño de un mayorazgo, una vez en posesión de sus tierras, estaba facultado para reclamar un título nobiliario. Ello ocurría siempre y cuando acreditara limpieza de sangre, es decir, no podía tener en su descendencia sangre mora ni judía. Con la instalación del virreinato en el Perú, algunas de estas prohibiciones perdieron su rigidez, aunque esto no ocurre en la novela.

El marqués de Montenegro considera que la joven elegida para ser su esposa debe contar con dos requisitos indispensables: la nobleza (sinónimo de limpieza de sangre) y la virtud. En *Salto atrás*, la virtud estaba relacionada con el recato, la conservación de la virginidad, la pudicia y el decoro. Recuérdese que el marqués busca una esposa que le dé la seguridad y la certeza de que los hijos sí son suyos. Doña Tulis, madre de Encarnación, confirma que su hija es “como un baúl de seguro”. Incluso la compara con Santa Rosa de Lima.

Desde el siglo XIII la imitación de modelos de santidad contribuyeron a regular la conducta laical dentro de la sociedad. Hernández nos dice cómo en la doctrina moral cristiana que imperó en la Lima colonial hasta el siglo XVIII se buscó controlar el apetito sexual en el monacato y el matrimonio según las virtudes de Santa Rosa. Las representaciones narrativas y visuales que se realizaron de la santa la convierten en un referente de comportamiento pudoroso y orientado a corregir la moral relajada. Ella encarnó la imagen de la mujer “devota, virgen y bella, mujer de buena cuna y educación, ni muy pobre ni muy rica” (Hampe-Martínez 120).

Las otras dos virtudes cristianas que se relacionan con la santa son la castidad-virginidad que se oponen a la lujuria. Dentro de la sociedad colonial, la castidad es entendida como la racionalidad en el ejercicio de una sexualidad moderada y no solo por buscar el placer sexual, sino solo para perpetuar la extirpe. Una joven de buena moral no podía dar rienda suelta a la satisfacción desmedida de su sexualidad ni antes ni aún después del matrimonio. Esta regulación se presenta de dos modos: “la castidad conyugal/matrimonial y la castidad individual o célibe” (Hernández 45). Este tipo de castidad individual y matrimonial es la que busca el marqués de Montenegro en su novia. Esta condición garantizaba que el útero donde

anidaría el futuro heredero de los bienes de los hombres encarnara las virtudes de la moral dominante que debía conservarse de generación en generación (Mannarelli 209).

Otro requisito indispensable es la nobleza; el marqués exige que su futura esposa sea “noble por los cuatro costados”. Este rasgo está más valorado que el contar una dote que aporte al matrimonio. Carece de importancia para el marqués que su futura esposa no posea dote, pues no es un obstáculo para que una hija de familia noble, aunque empobrecida, arruine un futuro promisorio y contraiga un matrimonio que le garantizará una posición social.

Niñas sumisas y matrimonios concertados al estilo de Moratín

El tema del matrimonio concertado, presente en la trama argumental de Lavalle se encuentra en varias de las tramas de las obras de la época. Baste recordar el argumento de *Ña Catita*, donde se representa a una familia de clase media con una hija en edad casadera. Doña Rufina, madre de la joven, intenta convencer a su hija Juliana para que contraiga matrimonio con un hombre maduro, don Alejo, que aparenta ser culto y elegante. Su esposo no está de acuerdo, pero a ella no le importa. La motivación que la impulsa es elevarse socialmente a través de esa unión. También en *El sí de las niñas*, obra de teatro del siglo XVIII, encontramos el tema del matrimonio concertado. Una jovencita de 16 años que se ve comprometida con don Diego, un hombre acaudalado que decide casarse con ella después de que su madre, doña Irene, lo convence de que la joven lo ama. El matrimonio por amor no estaba contemplado en la época. Por encima del amor estaban la clase, la casta, el dinero, la prolongación de la estirpe y la posición social, como se evidencia en la novela *Salto atrás*. Una hija bien casada garantizaba riqueza y estatus para la familia, pero no garantizaba el amor. Ello es evidente en el tipo de relación que tienen los novios y después los esposos en la novela:

Novios:

—¿Señor marqués? —dijo la niña dirigiéndose a éste.

—Acércate, hija mía, ... toma asiento y escúchame, que es algo muy importante para tu felicidad y la mía tengo que decirte. Avanzó la niña una silla baja. de paja que a mano había y sentándose cerca del marqués, díjole:

—¿Qué desea, vmd., señor marqués? Y el marqués de Montenegro, asumiendo una expresión benévola y en tenor casi paternal; muy distinto de aquel en que generalmente hablaba expuso a Encarnación de Arévalo sus deseos... (Lavalle 10)

Esposos:

—Pues aunque mucho me duele, fuerza me es dejarte, hija mía. Sabraste que a noche, cuando vino el arriero de la ciudad... (Lavalle 11)

Encarnación mantiene un trato cordial y de respeto hacia su esposo, mientras que el marqués brinda un trato paternal hacia su esposa. Encarnación solo es configurada en la novela como la hija de familia noble que acata las órdenes de su madre con un “sí mamita”, “como mamita quiera”, “yo haré con gusto lo que mamita mande”. Respuestas muy parecidas a las de Paquita en la obra de Moratín: “Haré lo que mi madre me manda y me casaré con usted” (Moratín 235). Ambas son jóvenes que acatan lo que sus madres deciden y no muestran rebeldía alguna, como sí lo mostró Juliana personaje de *Ña Catita*. Tengamos en cuenta la obra de Segura está ambientada en el siglo XIX y, al parecer, la educación de las jóvenes ya no era tan rígida. La respuesta de Encarnación refleja el cumplimiento de los roles de género y los deberes asignados por la sociedad: casarse y engendrar hijos varones con el objetivo tener descendencia, crear una familia y perpetuar los apellidos.

Paquita y Encarnación pertenecen a familias nobles y empobrecidas. Doña Tulis revela al marqués la precaria condición económica de la familia después de la muerte de su difunto esposo.

Sabe que la familia de mi difunto Arévalo vino muy a menos con la ruina del 87, y que él no tenía más que esta casa vieja y su empleo en la audiencia, y como con su muerte faltó el sueldo, no sé cómo haríamos para vivir si la casa no fuese propia y sin el jornal de cuatro negros bozales, que me dió mi padre cuando me casé; pero ya están viejos y el día que falten, Dios sabe cómo haremos para sustentarnos la niña y yo, porque la casa no tiene arriendos y la calle está tan sola... (Lavallo 5)

Según la fecha mencionada por doña Tulis, en 1787 muchos aristócratas quedaron en la ruina debido al ingreso de mercancía importada gracias al libre comercio entre la península y el pacífico (Roggero 57). La familia pierde su estatus económico, pero no el social. Aún contaban con un buen nombre. Es común que ante estas condiciones económicas de la familia las jóvenes se vieran obligadas a contraer matrimonio con hombres mayores, pero económicamente solventes. Aunque en la novela deja de tener relevancia la dote que Encarnación puede aportar a la sociedad conyugal, es gracias a la dote que doña Tulis aportó al matrimonio que les permite subsistir a ambas mujeres después de que falleciera el cabeza de familia. Es un tema tangencial en la novela, pero la dote seguía siendo una aportación importante para algunas uniones matrimoniales. Es posible inferir que doña Tulis provenía de una estirpe familiar honorable en la que la dote fue el ingrediente que aseguró el reconocimiento de sus derechos en la futura herencia de la mujer en el caso de que esta enviudara.

Casi no hay diálogo en toda la novela donde se muestren rasgos psicológicos de las mujeres con un rol distinto al señalado por la sociedad tradicional. De la condesa Rosita Torrealba solo

sabemos que cumplió su deber social: procrear un hijo varón. Mientras que de la marquesa de Montenegro se dice que es “niña como de veinte años de edad, alta, de formas vigorosas y correctas” (Lavallo 11). Según la cita, observamos que es físicamente capaz de procrear un hijo como ella: fuerte y robusto.

El personaje femenino en la novela es configurado como un ser con un rol pasivo en el que la abnegación y la aceptación forman parte de su horizonte cultural. Sean jóvenes o mayores asumen el mismo rol. Por ejemplo, doña Tulis ni siquiera reclama cuando es objeto de insulto. En el diálogo que se produce al inicio de la novela con el marqués de Montenegro, este le responde con un insulto cuando ella le manifiesta que no comprende la urgencia de contraer matrimonio si tanto le repugna.

—Aunque la edad no es mucha, pues nadie tiene sino la que representa, y vmd., como le he dicho, parece que no pasara de los cuarenta, no comprendo por qué tiene de casarse vmd. si le repugna, aunque no le estuviera mal, porque el señor conde de Santa Tecla ha tenido un hijo.

—¿No lo comprende vmd., mi señora?

—No, señor marqués, no lo comprendo.

—Pues permíname vmd. que le diga, que debe tener telarañas en el intelecto.

(Lavallo 5)

Lejos de molestarse por el calificativo empleado por el marqués, ella sigue con la conversación como si nada hubiera sucedido. Lavallo no construye a sus personajes femeninos como mujeres que destacan por su astucia o que debido a su inteligencia son obligadas a callar porque en el ámbito masculino no se admite su punto de vista. Al contrario, se les configura como ignorantes en los temas referentes a los bienes patrimoniales y con poca capacidad de entendimiento, por eso posee “telarañas en el intelecto”. La poca comprensión de doña Tulis de Arévalo también evidencia la exclusión de la mujer del espacio público y la reclusión en el espacio privado (hogar, cuidado de los hijos y labores domésticas). El destino de Encarnación es como el de otras mujeres que se casan con hombres mayores: la viudez. Al poco tiempo del nacimiento de Francisco, fallece el marqués de Montenegro del gusto de no haberse dejado arrebatar su mayorazgo por el conde de Santa Tecla. Otro tema, que lamentablemente el autor no desarrolla en su novela es el rol que cumplió Encarnación como dueña de un mayorazgo. Ella enviuda al poco tiempo de casarse, pero en la novela no explican cómo dirigió la hacienda a la muerte del viejo marqués.

Valor sociocultural de la novela: identidad, exclusión y racismo

En la segunda parte de la novela, se narra la vida de Encarnación ya casada con el marqués. Esta parte de la historia es breve, pero ocurre un hecho que dará un giro final a la historia, revertirá la trama y echará por tierra los deseos que impulsaron al marqués de Montenegro a contraer matrimonio. La marquesita dará a luz a un niño fruto de la violación que sufre a manos de un esclavo negro, pero no será hasta 25 años después que se descubrirá que el hijo del marqués es un mulato.

Acerca de este episodio, Marcel Velázquez (*Novela y nación*) y Marco Roggero han coincidido en el predominio del discurso racista en la configuración del personaje afroperuano. Son dos características las que predominan en ellos: la lascivia y la fuerza física.

Merejo ... la miraba con unos ojos que brillaban en la sombra como dos brasas de carbón ... un cuerpo más sólido ciertamente que la nube, se desprendía de la esquina del corredor, y rozando la pared, se acercaba a ella, cubierto por la sombra proyectada por el techo y guiada por unos ojos que lanzaban ya diabólicas llamas ... De repente, y cuando la nube cuya marcha seguía, mordía casi la circunferencia de la luna, sintió que un membrudo brazo ceñía violentamente su talle y que una tosca y áspera mano cerraba con fuerza su boca. (Lavalle 17).

Una de las interrogantes que surgen a un lector contemporáneo acerca de una novela publicada en 1889 es su vigencia. Cabría preguntarse si esta mirada discriminadora con la que se representa a este actor social, como se aprecia en la cita, pervive en la literatura y en nuestra sociedad. No olvidemos que el discurso literario no está desvinculado de lo que su sociedad refleja, al contrario, a través de una novela podemos develar la forma de pensamiento de una época.

En cada compatriota vive una imagen del otro (Anderson) y en el caso de los afrodescendientes las representaciones discursivas provenientes de la colonia —donde se les retrataban como inferiores, lascivos, sin cultura y degradando su condición humana— sigue latente en el imaginario social pese a los años transcurridos. Reflejo de ello lo tenemos en el debate que se generó desde el año 2010 sobre un personaje televisivo conocido como el negro mama, pues además de estereotipar a los negros nos remite a una identidad donde lo negro es «un estigma» con los diferentes significados que el serlo implica (feo, tonto, delincuente, cocinero, buen amante, violador, etc.). El Centro de Estudios y Promoción Afroperuana señaló el malestar que produce este personaje en un cierto sector de la población debido a las burlas que genera, a las pocas posibilidades de aceptación social que tiene por el color de su piel y la búsqueda de este personaje por homogenizarse al resto perdiendo su negritud mediante el blanqueamiento racial.

Otro pasaje de la novela nos revela esa mirada estereotipada y racista contra los afroperuanos. Cuando nace el hijo del joven marqués Francisco de Montenegro y Arévalo, este mira con horror al niño negro que ha nacido. El narrador los describe como un paquete, informe y lo califica como “un negrillo, casi un mono”. Cabe resaltar que la intención del narrador de usar el despectivo “illo” y el comparativo “casi un mono” para hablar del recién nacido obedece a su deseo por despojarlo de su calidad humana y degradarlo a la condición de animal.

Si damos una mirada a nuestro imaginario social, veremos cómo esta ideología racista es una de las marcas del discurso colonialista que se ha convertido en una de las herencias más enraizadas del colonialismo mental en la sociedad peruana. Aún estamos atrapados en el color de la piel por eso “seguimos teniendo una visión muy fuerte de que somos negros, indios, blancos o mestizos, y no que somos personas” (Luciano 126). Si dejamos de lado esta representación colonialista y nos enfocamos en nuestra sociedad, deberíamos preguntarnos qué tipo de discurso se viene gestando en la actualidad entre los afrodescendientes. Hurgando en la novela de Lavalle percibimos que hacia el final de la novela el joven Marqués Francisco de Montenegro y Arévalo al conocer la verdad de su origen y reconocerse mulato, abandona su posición social, cede todos sus bienes a su primo el conde de Santa Tecla y se recluye como donado en un convento dominico, donde asume el nombre de Martín a imitación del santo mulato.

El joven marqués muestra un fuerte conflicto de identidad al saber la verdad de su origen. Su primo el conde de Santa Tecla intenta convencerlo de que conserve su título con estos argumentos “—Pero, Pancho, por dios acuérdate que cuando estudiamos en la instituta en San Felipe nos señalaron que *Pater is est quem nuptiae demonstrate* (Es padre aquel que indican las nupcias)” (Lavalle 26). Nadie conoce el secreto, solo él, su esposa y su madre, pero aun así se niega a quedarse con sus bienes porque se siente un indigno usurpador. En este fragmento notamos un discurso que ya no proviene de la sociedad, sino de él. Su primo le muestra el mismo afecto y no le importa que sea mulato. Para él siguen siendo iguales. Incluso sigue llamándolo por el diminutivo afectuoso con el que siempre lo llamó: Pancho.

Este pasaje evidencia otro contenido ideológico que subyace en esta novela. Me refiero al tipo de identidad sociológica (Hall) que se forma en la relación sujeto-sociedad. Es en la relación que tiene con los otros cercanos a él y cómo estos le transmiten valores, significados y símbolos del entorno que habitan. Este tipo de identidad tiende un puente entre lo interior y lo exterior, entre el mundo personal y el público de tal modo que el sujeto va asumiendo y haciendo parte suya la mentalidad, las ideologías y los valores que imperan en esa sociedad. Esta es la razón por la que el marqués de Montenegro se coloca en el lugar que la sociedad de su tiempo coloca

a los mulatos. Ni su primo ni su madre lo desprecian, es él quien marca las diferencias raciales y sociales. Una reflexión que surge en este apartado es si el sujeto afroperuano se ha convertido en un sujeto víctima de exclusión solo porque la historia, la sociedad y el discurso dominante lo colocaron allí o porque él internalizó estas ideologías y también contribuyó al irse excluyendo a sí mismo de la sociedad.

Silencio, vergüenza y asesinato

Al rol pasivo de la mujer se suma otro problema que es posible detectar en nuestra sociedad: guardar silencio ante la violencia sexual. Sin importar si el origen étnico del sujeto que violó a Encarnación, nos centraremos en el hecho en sí. Ella es víctima de violencia sexual, pero prefiere callar, por miedo y vergüenza.

—Cuando volví en mí la luna brillaba nuevamente en el cielo y el más profundo silencio reinaba a mi alrededor arrastrándome casi, alcancé mi aposento y encerréme en él, presa del terror mas grande y de la indignación más profunda y resuelta a no dejarlo hasta que mi marido volviese y pudiese pedirle el castigo del culpable. Pero desgraciada o felizmente, los negocios que a esta ciudad le trajeron, retuvieron en ella cosa de ocho días, y en el curso de ellos y en el retiro que pretextando una indisposición guardé, adquirí la certidumbre de que te llevaba en mi seno, y ¡perdóneme Dios mi amor de madre! resolví callar. (Lavallo 23).

El tema de la violación en la novela está rodeado de silencio. La marquesita es incapaz de gritar y buscar ayuda después que despierta del ataque de su perpetrador. Su única reacción es esperar que venga su esposo para que sea él quien castigue al culpable. No cuenta públicamente su historia ni acude ante la justicia. Lo interesante de esta novela es cómo el narrador maneja el tema de la violencia sexual dentro del ámbito privado que debe solucionarse en el interior del hogar, pero no ante la justicia.

Con esta operación lo único que consigue el narrador es legitimar la violencia contra la mujer y, a su vez, ella no se asume como una víctima que debe buscar ayuda y solo opta por guardar silencio. Solo cuenta su historia hasta que se ve obligada por las circunstancias del nacimiento de su nieto mulato. El narrador se enfoca en la deshonra que significaba para una mujer tener un hijo negro, pero deja de lado la actitud que, como mujer, ella puede asumir. Mientras que no había sospecha de que Francisco era mulato la marquesa sigue su vida normal y olvida el acto delictivo que se cometió contra ella. El narrador de cierta forma cierra los ojos ante el delito y no aborda el trauma que produce una violación en la novela. Lavallo configura a este personaje femenino como un sujeto vulnerable que necesita contar la protección de un hombre

para sentirse segura y a salvo. Al saber que su esposo viajará a Lima Encarnación le insiste en que la lleve con él. Ella tiene miedo y este se justifica porque solo está rodeada de esclavos y sus criadas.

A lo largo de la novela, vemos cómo el narrador nos ha ido configurando el prototipo de mujer de la sociedad colonial de la época. Era el siglo XVIII, pero las ideas ilustradas aún no se reflejan en la construcción de los personajes femeninos. Lo que sí encontramos es la que mujer, sin importar su condición de nobleza, seguía siendo una propiedad del padre, el esposo, el perpetrador o el hijo. En el caso de Encarnación, ella fue el objeto de cambio que empleó su madre para mejorar su estatus económico; para su esposo fue la estrategia que le permite ganar una apuesta a su primo el conde de Santa Tecla y no perder sus bienes; y, finalmente, para Merejo, la posesión deseada que consiguió en una noche de luna llena después de la usurpar su cuerpo. *Salto atrás* es una novela del siglo XIX; sin embargo, los temas que se desarrollan en ella nos permiten acercarnos no solo al imaginario social de esa época, también comprobamos cómo la discriminación, la exclusión y la violencia de género son problemas sociales complejos que van más allá de la frontera de lo literario y atraviesan las barreras del tiempo.

Referencias

Lavalle, José Antonio de. *Salto atrás*. La Novela Peruana, 1939.

Lohmann Villena, Guillermo. “José Antonio de Lavalle y Saavedra”. *Revista de la Universidad Católica*, no. 20, 1935, pp. 733-65.

Hernández, Sebastián. *Los sentidos en la representación de Santa Rosa de Lima. La enseñanza de las virtudes en el Virreinato del Perú, S. XVII y S. XVIII*. 2015.

Universidad de los Andes, tesis de magíster,

<https://repositorio.uniandes.edu.co/bitstream/handle/1992/13483/u722552.pdf>.

Consultado el 16 de enero de 2022.

Hall, Stuart. *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas de los Estudios Culturales*. Universidad Andina Simón Bolívar, Pontificia Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Peruanos, 2010.

Hampe-Martínez, Teodoro. “Los testigos de Santa Rosa. (Una aproximación social a la identidad criolla en el Perú colonial)”. *Revista Complutense de historia de América*, no. 23, 1997, pp.113-136.

Luciano, José. *Los afroperuanos. Trayectoria y destino del pueblo negro en el Perú*. Cedet, 2012.

- Mannarelli, María Emma. *Pecados públicos. La ilegitimidad en Lima del siglo XVII*. Flora Tristán, 1994.
- O'Phelan, Scarlet. "Hijos naturales 'sin impedimento alguno'. la ilegitimidad en el mineral de Hualgayoc Cajamarca. (1780-1845)". *El norte en la historia regional*, editado por Scarlett O'Phelan Godoy e Yves Saint-Geours, IFEA, 1998, pp. 215-240, <https://books.openedition.org/ifea/3306>. Consultado el 16 de enero de 2022.
- Ramírez, Ricardo. *Mayorazgo en el Perú colonial*. 2018. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, tesis de magíster. https://cybertesis.unmsm.edu.pe/bitstream/handle/20.500.12672/11206/Ramirez_cr.pdf. Consultado el 30 de enero de 2022.
- Roggero, Marco. "Uniones interraciales en *Salto atrás*". *Ínsula Barataria*, no. 9, 2009, pp.55-67.
- Velázquez, Marcel. *Novela y nación en el Perú republicano (1845-1879)*. 2004. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, tesis de magíster, <https://cybertesis.unmsm.edu.pe/handle/20.500.12672/3125>. Consultado el 4 de febrero de 2022.
- . *Las máscaras de la representación. El sujeto esclavista y las rutas del racismo en el Perú (1775-1895)*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Banco Central de Reserva del Perú, 2005.

Sobre la autora

Sara Viera Mendoza es doctora en Literatura Peruana y Latinoamericana. Magíster en Literatura con mención en Estudios Culturales por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Licenciada en Literatura y Licenciada en Educación por la misma universidad. Es catedrática en la Universidad Peruana Cayetano Heredia. Centra su investigación en autores indigenistas, testimonio andino y literatura de tradición oral (andina y afroandina). Ha publicado los libros *Entre la voz y el silencio. Las hijas de la diosa Kavillaca* (2012) y *Desde la otra orilla. La voz afrodescendiente* (2013) por el Seminario de Historia Rural Andina y el Fondo Editorial de la UNMSM y *Nuevos caminos de la crítica* (2021) por el Fondo editorial de la UNMSM. Artículos suyos han aparecido compilados en *Tinkuy, encuentro con a literatura e crítica peruanas* y en *José María y los quechuas de América hoy*. También en las revistas *Escritura y pensamiento*; *Desde el Sur*; *Tema y variaciones de Literatura* (México); *Ínsula Barataria*; la revista histórica *Uku pacha* y en *el Boletín de la Academia peruana de la lengua*.